

do de sustituir con otras algunas frases provinciales, que sin embargo de estar usadas con gracia y oportunidad, pudieran tal vez recibirse con mala inteligencia y ofender la decencia pública.

El calendario que presento al público con el título de "Agudezas métricas del célebre negro poeta" es una parte de la coleccion de sus improvisaciones en ciertos y determinados casos, los cuales se explican por medio de notas para mayor conocimiento del lector. Si todos los mejicanos reciben bien la publicacion de chistes del negro poeta mejicano, tendré mucho placer en publicar otros calendarios numerados por partes, y en ellos iré dando la coleccion extensa y anotada que tengo acopiada de este célebre improvisador.

Creo que con esta publicacion haga un servicio á mis compatriotas, y de ellos espero una buena recompensa á mis afanes y fatiga.

EL EDITOR.

AGUDEZAS METRICAS

DEL NEGRO

POETA MEJICANO.

Notas que preceden á cada verso, con alusion al objeto de su origen.

Al Excmo. Sr. D. Juan de Acuña y Casafuerte, natural de la ciudad de Lima en la América del Sur, que gobernó en Méjico desde 1722 hasta 1733 en cuyo año falleció, viéndose el túmulo que guarda sus cenizas, en un costado del altar mayor de la iglesia de religiosos recoletos del orden de San Francisco, con el título de San Cosme, suburbio de esta capital.

El dia que su excelencia estrenó una rica estufa, al salir al paseo en ella, dirigió el poeta ante algunas personas de categoría y de la confianza de aquel personaje con el fin de que llegase á su noticia, la cuarteta que al calce de esta nota se lee. En efecto, llegó á oídos del virey el verso relacionado y el que le sigue, tan moral como travieso. El resultado de todo esto fué, que el virey solicitó con empeño al improvisador, este compareció ante el primer magistrado del entonces llamado reino de Méjico ó Nueva-España; y sin saber el objeto para que se le solicitaba, se presentó con la puntualidad necesaria en palacio, y habiéndosele dado aviso al señor Casafuerte de que el negro poeta esperaba sus órdenes en una de las antecámaras des-

tinadas con tal objeto en dicho edificio, á pocos momentos salió su excelencia, y el negro, con la timidez propia de su esfera humilde, le saludó haciéndole un reverente acatamiento; el virey le ensanchó el ánimo hablándole con demasiada cortesanía, y después de las ligeras ceremonias que en semejantes casos pide la urbanidad, dijo su excelencia al improvisador, que le digera el verso que le habia dirigido el día anterior yendo al paseo; el negro, aunque algo sorprendido á la presencia de la primera autoridad del entonces reino de Nueva-España, satisfizo en el instante los deseos de su excelencia, de lo que quedó bastante complacido el señor Casafuerte, sin embargo de la profunda impresion que hizo en su alma timorata el sentido moral que brotan las palabras sentenciosas de la primera cuarteta, mereciendo la segunda igual recomendacion, pues desenvuelve la misma idea con distinto material.

Para cerciorarse mas el señor Acuña de la capacidad del versificador, en la difícil facultad de improvisar, según el consonante que se le daba, con el que regularmente desenlazaba sus ocurrencias métricas, al efecto, dijo el señor Casafuerte al vate repentino, que le improvisase un verso, tomando por idea su apellido; inmediatamente complació á su excelencia dirigiéndole la segunda pieza que verá el lector, después de la que alude á la carroza; ambas pueden llamarse con propiedad, hermanas mellizas, pues aunque no fueron improvisadas á un mismo tiempo, tienen la circunstancia de haber sido dirigidas á un objeto, sin perder su ilacion, ni la cualidad moral de que se ha hecho mencion. El resultado de todo esto fué, que el generoso y timorato virey Casafuerte, premió la sublime habilidad del negro con una buena gratificacion; este se despidió de su excelencia con las protestas de gratitud y reconocimiento á un singular benefactor, que sin disputa lo fué su excelencia

del menesteroso cuyas ocurrencias estimó en su verdadero valor sin desconocer el mérito que encontró en un oscuro poeta, compensando con mano liberal las agudezas de su ingenio que oyó con mucho placer, las que, repito, hicieron honda impresion en el alma dócil del señor Acuña, quien desde aquel día disminuyó el fausto vireinal que acostumbraba en los días que llaman de corte, pues en los comunes y festivos, su brillo, según la opinion mas bien recibida, era moderado, y frugal su mesa, lo que no está léjos de creerse, pues el mejicano (como tal se reputa al señor Casafuerte) es naturalmente morigerado en sus costumbres, las que no altera, si no es, obligado imperiosamente por la investidura de un alto puesto, en que es indispensable, á los hombres que en él se hallan colocados, cumplir con las ceremonias establecidas, á pesar de la moderacion opuesta siempre al lujo y la magnificencia sultánica que los hijos de Anahuac no acostumbran, aunque se vean elevados al rango de suprema autoridad; sino es en los casos extraordinarios de rigorosa etiqueta diplomática, funcion de iglesia ú otras que demanden aquel aparato.

El señor Casafuerte, aunque no nació en Méjico, nació en la capital del Perú, y así, peruano y mejicano, es sinónimo: las mismas circunstancias que adornan al limeño adornan al mejicano; por este principio, de indispensable verdad, no cabe duda de la moderacion del señor Acuña bajo el dosel vireinal; y esta seria menos después de los versos. Tambien es indudable, por las razones dichas, y por la poderosísima de llamarle su avanzada edad á la tumba, pues si no me engañó, en 1734, año de su muerte, tenia su excelencia sobre el cuerpo setenta y nueve navidades.

En conclusion, el ingenioso negro poeta consiguió, por medio de las sutilezas de su asombroso núnmen, una buena adquisicion para el servicio del

Viático, pues el virey, el mismo ó el siguiente día que supo y se impuso del asunto de la quarteta remitió la elegante estufa á la iglesia parroquial del Sagrario para el uso público del Divinísimo al visitar á los moribundos.

Basta de nota, y pase el lector los ojos con religiosa reflexion sobre la primera quarteta, cuyo contenido hirió como punzante saeta el alma sólida y ortodoxa del virey Casafuerte; dice así:

Esa estufa, Juan, advierte,
que sobre ejes de oro gira,
es el carro de la muerte
que te conduce á la pira.

La segunda pieza de que se hace mencion en la nota precedente, seguramente acabó de resolver al señor Casafuerte á desprenderse de su magnífica estufa, y cederla á la iglesia en beneficio del sagrado Viático que visita á los enfermos agonizantes. La relacionada manifiesta de luego á luego los sentimientos morales de su autor, cuya idea dirigió la antecedente y su concordante, que es la que sigue:

¿Sabes que para la muerte
no hay humana resistencia?
no hay valor, no hay excelencia,
no hay, ni ha habido *Casa fuerte*.

Un sabio padre jesuita, de apellido Zamudio, grande orador y consumado poeta, segun la fama pública que corre de la celebridad que adquirió en su tiempo en ambas facultades, no conociendo al negro, tenia vehementes deseos de conocerle, por el ruido que hacian en todo el vecindario de la capital las ocurrencias improvisadas de aquel ce-

lebrado ingenio: eran estas tan adecuadas al asunto que se le indicaba, que le dieron bastante nombradía, no pecuniaria, á pesar del nígero barniz que cubria su cuerpo. El eco de su habilidad extraordinaria resonaba por toda la ciudad, de donde vino la curiosidad que todos tenian de conocer al violento versificador en la época momentánea en que los inciensos del aplauso le fueron propicios; en la época, repito, en que la voluble fortuna quiso obsequiar á un hijo de Apolo, colocándole á su lado en su carro, para que este, en la vida desairada que tenia en el mundo como poeta, á lo menos tuviese el dulce ensueño, de haber acompañado á la inconstante deidad en la carroza, cuya mole le habia oprimido con todo su peso, pues con aquel obsequio instantáneo, solo recordaria lo que el Petrarca en su triunfo, reducido á haberle pasado vistosamente adornado por las calles de Roma, laureada su cabeza y en actitud de ir pulsando su lira de oro en el magnífico carro donde el Vaticano le hizo entrar con todos los arreos dignos de un poeta como el Petrarca; sin embargo, todo aquel aparato de grandeza, fué teatral, pues por lo regular, le felicidad del poeta es de intervalos, nunca duradera; quien lo duda, pase la vista con algun detenimiento, por la galería de los vates de los siglos que han pasado; y después de aquel exámen dirijase al presente, y hallará que los hijos de Melpómene y Talía, constantemente han sido perseguidos por la desgracia; pues á la vez que la naturaleza los ha enriquecido con aquella dote tan sublime, los abate en el mundo negándoles su proteccion, y aun los escasos recursos de la vida, la que, por lo comun, es en el poeta, una cadena de penalidades y vigiliias que se aumentan cuando el consonante se dificulta para un poema del cual dependa remediar, en parte, sus cuitas, pues muchas veces, es tanta sus desgracia, que la recompensa que espera de la persona en-

comiada por su musa, es, *viva usted mil años!*... *Muchas gracias...* *Usted me favorece*, etc. Buen consuelo á la verdad, para un vate menesteroso, á quien siempre acontece, que toda empresa de semejante naturaleza, le cuesta desvelos. Estas verdades son tan claras como la luz del medio día sin nieblas, testigos irrecusables las acreditan ante la faz del mundo.

Volvámos al padre Zamudio y negro poeta, cuya nota se interrumpió por dar lugar á la antecedente introduccion que ha venido de molde al asunto.

El padre Zamudio, como queda dicho, no conocia al negro, y deseoso de conocerle, asechó la ocasion de lograr su objeto: se presentó aquella, y por las señas que tenia del improvisador, llegó la vez que le encontrase, y no teniendo duda por la identidad del individuo á quien solicitaba, le dijo, en estilo mesurado é interrogativo, acercándosele:

¿Tú eres el negrito poeta?

Contestó: Aunque sin ningun estudio, que á no ser por esta geta, fuera otro padre Zamudio.

Encontrando cierta ocasion, una persona de buen humor al poeta, y deseando divertirse al mismo tiempo con las agudezas repentinas que vertia cuando se le heria la fibra poética, le dijo el ávido curioso en aquel siglo inquisitorial, con el fin de oír una respuesta magistral en verso, como las que acostumbraba dar el improvisador, segun la idea que se le apuntaba, cuyo sentido variaba, si así lo pedia el respeto debido á la moral pública, á Dios mismo y á todo lo establecido, conforme á las leyes, sin que nada de esto fuese obstáculo para que aquel raro ingenio diese un oportuno y análogo desenlace al verso que se le objetaba, sin desper-

feccionarlo en lo mas mínimo, con desabridas disonancias ú otros defectos, que á primera vista conocen los prácticos profesores de la diva ciencia. Al efecto, la referida persona, sin el saludo de costumbre ni otra cosa equivalente, luego que vió al negro, con la confianza que regularmente inspira la franca amistad, le dirigió el pié que después de esta nota sigue, de difícil combinacion para contestarse al pronto por un poeta meditabundo, mas no para el repentino de quien se habla, que entraba en su elemento cuando se le presentaba una idea abstracta, entonces campeaba con mas libertad su fantasia por las extensas saldas del Pindo donde tanto se recreaba cortando flores para obsequiar á las personas que tenian gusto de oírle sus inspiraciones como á un oráculo.

Algunos dilemas poéticos que le decian para que los resolviese, eran oídos con escándalo por algunas gentes que carecian de sindéresis, calificando de heréticas las expresiones de que se componian varios piés de versos, antes de oír el desenlace que les daba el violento versificador; que la verdad, no estaban en la mente de los ingenios, cuya opinion quedaba bien puesta por la generalidad del auditorio al ver descifrados los conceptos que parecian despropósitos; de modo, que aquel resabio que dejaban á las almas escrupulosas las primeras nociones que se le indicaban al poeta, para que sirviesen de cimiento á la pieza que se pretendia, quedaba destruido totalmente, cuando el hijo de Apolo levantaba el velo del misterio á la idea malsonante, apareciendo en lugar de aquel monstruo horroroso, una deidad encantadora, cuyos atavíos sirven á la misma divinidad y al dogma; á quienes de ninguna manera se ofende bajo formas enigmáticas que son desenvueltas á satisfaccion del mismo benévolo auditorio de que se ha hecho referencia; como lo es, en mi insignificante opinion, el pié que sigue, de que se ha hablado al

principio de esta nota, dice así: Pié: ¡Renegar de Dios es bueno!

Contestó: Azotes, mordaza, freno,
tiene nuestra santa fe,
para quien dijere, que
renegar de Dios es bueno.

Cierta ocasion encontró el negro, yendo en compañía de algunos amigos, á una vieja limosnera; esta se le acercó, pero sabiendo que era poeta improvisador por la fama que corria en el público; preconizador de su singular habilidad, desistió de la empresa de gastar palabras infructuosas para pedirle dinero, conociendo la experimentada menesterosa, que el bolsillo del poeta está siempre, como el talegón de Quevedo, vacío, al fin de la prosapia. Con este motivo cambió de rumbo la anciana pordiosera, pidiéndole al mismo cortejante de las musas, *dos medias viejas*. Oída esta petición por el misérrimo versista á quien se quejaba la cuitada achacosa, sacó, como vulgarmente dicen, la misma piedra, aunque algo mas, pues finó con el ribete de la sátira y celebradísima cuarteta que no dejaria de avergonzar á la sexagenaria, á pesar de su estado de mendicidad, la que dice así:

¡Pobre de tí que te quejas
á mí para tu remedio,
que te partan por enmedio;
y tendrás "*dos medias viejas*."

Un individuo camarada del poeta, encontrando á este casualmente un dia que no lo imaginaba, al momento que le vió, excusado el saludo y demás atiquetas de estilo, cuyas ceremonias segun en-

tiendo, no acostumbrarian con el pobre negro sus contemporáneos; pero su amigo, deseoso de oírle discurrir en el difícil arte de la versificación, le dirigió, como generalmente lo hacian todos los que lo importunaban, el pié que al fin de esta nota verá el lector; pues, sin embargo, que piés de semejante naturaleza, eran de la cuerda del improvisador, agotaban su paciencia la multitud de peticiones que se le hacian en cuantas partes le colocaba la casualidad, las personas de todas esferas y edades, muchas de estas lo hacian con necedades y sandeces, y otras, con juicio y sensatez, por el placer que recibian al oír sus sazonadas agudezas, compensando estos últimos, por lo regular, con medianas gratificaciones; la habilidad del negro, quien no tenia mas patrimonio para vivir que lo que le producian sus celebradas ocurrencias que marchaban por el sendero que se le apuntaba; como lo manifiesta la siguiente idea indicada arriba; diciendo su amigo, negro, "Dios en la punta de un cuerno."

Contestó: Con un saber sin segundo,
y su poder sempiterno,
bien pudo formar al mundo
Dios, en la punta de un cuerno.

Cierta ocasion, estando un hombre opulento en el balcón de su casa, vió que pasaba el poeta: la curiosidad de oírle discurrir en verso le hizo llamar: aquel retrocedió inmediatamente; y á la mas leve seña del poderoso, pasó adentro y subió y entrando á la sala donde le esperaba el magnate, saludó á este con el respeto debido, quien le introdujo sobre la marcha, á un gabinete ricamente amueblado, en cuya mesa central se veian varias piezas valiosas de oro y plata, piedras preciosas etc. El dueño de toda aquella magnificencia y joyas